

Yahweh, Dios de la tempestad, Dios de la historia

Gregorio del Olmo Lete
Universidad de Barcelona – IPOA

Resumen

La mitología cananea presenta a su dios principal, Baal, como ‘dios de la tempestad’, que actúa como tal tanto en la naturaleza como en la sociedad. El rayo y el trueno son sus armas, que aseguran su poder sin rival y pregonan a la vez su bendición: la lluvia, que aporta la vida y la fertilidad. Los hebreos asumieron esa imagen divina y la aplicaron a su propio Dios, Yahweh, que suplantó a Baal en todas sus funciones. Pero además de proporcionar la fertilidad, el Dios de Israel proporciona a su pueblo su palabra a lo largo de su historia, que se escucha en la callada y atenta recepción del mensaje profético, no en el fragor del trueno, en el que resonó la revelación del Sinaí según el modelo cananeo.

Palabras clave

Yahweh, Baal, tempestad, rayo, trueno, lluvia, palabra profética.

Abstract

Canaanite mythology portrays its principal deity, Baal, as a ‘storm god’, who acts as such both in nature and in human society. Thunder and lightning are his weapons, which ensure his unrivalled power and at the same time proclaim his blessing: the rain, which brings fertility. The Hebrews adopted this divine image and applied it to their own God, Yahweh, who replaced Baal in all his functions. However, besides supplying fertility, the God of Israel provides his people with his word throughout history, which is heard in the silent and attentive reception of the prophetic message, not in the rumble of thunder that accompanied the revelation on Sinai according to the Canaanite model.

Keywords

Yahweh, Baal, storm, lightning, thunder, rain, prophetic word.

En la mitología ugarítica la afirmación de Baal/Hadad como ‘dios de la tempestad’ culmina su victoria sobre su divino contrincante, Yam, el dios del mar caótico, y asegura la construcción y función de su morada-palacio, otorgada por su padre El. Desde el mismo podrá Baal/Hadad enviar la lluvia, y así garantizar la fertilidad y la vida, y también sus truenos y sus rayos, que la anuncian y aterrorizan a sus enemigos:

“Ya que así podrá almacenar su lluvia Baal,
hacer acopio de abundancia de nieve.

Y podrá dar su voz desde las nubes,
fulminar a la tierra rayos” (KTU 1.4 V 6-9)
“Su voz santa hizo temblar la tierra,
la expresión de sus labios los montes” (KTU 1.4 VII 31-32).
“Los ojos de Baal preceden a sus manos,
cuando se dispara el asta de cedro de su diestra” (KTU 1.4 VII 40-41).

A la inversa, la sequía, proverbialmente de siete años, se debe al cese de la actuación de Baal/Hadad, como ‘dios de la tempestad’:

“Durante siete años falló Baal,
durante ocho el Auriga de las nubes;
No hubo rocío ni orvallo,
ni flujo de los dos océanos,
ni dulzura de la voz de Baal” (KTU 1. 19 I 42-46).

Este teologúmenon escenifica la presencia y culto de tal figura divina en todo el Próximo Oriente Antiguo. El ‘dios de la tempestad’ aparece tanto en el panteón mesopotámico (*Iškur/Addu*) como en el sirio (*Ba^ulu/Á:Hadadu // Baal/Hadad*), con su correspondencia en el hitita (*Tarḫunna*) y en el hurrita (*Teshshub*)¹. Con todo, donde tal figura divina adquiere todo su relieve y significación preeminente, como cabeza del panteón, es en la zona siro-palestina, zona carente de recursos hídrico-fluviales permanentes y dependientes, en consecuencia, del régimen de las lluvias estacionales para el desarrollo normal de su agricultura y con ella de la vida en general. El dios de la lluvia, de la que la tempestad es su expresión exacerbada al máximo, es la epifanía del poder y providencia divinos. Así Baal/Hadad es el dios de la vida, el dios de la fertilidad, además de ser el dios de la victoria cósmica, que le asegura el trono de los dioses y garantiza de ese modo al Rey de Ugaritsu poder vicario.

El famoso texto-oráculo de *Addu* de Alepo relativo a la entronización de Zimri-Lim, rey de Mari, equipara ambos niveles, el cósmico-divino y el regio-dinástico: “Yo te he puesto sobre el trono de tu padre y las armas con las que me había batido contra el Mar te las dí” (comp. KTU 1.2 IV 11-27).² Se

¹ En cambio en Egipto, donde la fertilidad no viene de las nubes, sino del río Nilo (*H^upi*), el dios Seth, el Baal egipcio, no tiene una especial significación como ‘dios de la tempestad’. Una completa documentación sobre la figura del ‘dios de la tempestad’ en todo el Oriente Antiguo la ofrece D. Schwemer, *Wettergottgestalten Mesopotamien und Nordsyriens im Zeitalter der Keilschriftkulturen. Materialien und Studien nach schriftlichen Quellen*, (Wiesbaden 2001).

² Véase J.-M. Durand, “La religión en Siria durante la época de los reinos amorreos...”, en G. del Olmo Lete, ed., *Mitología y Religión del Oriente Antiguo II/1, Semitas Occidentales*, (Barcelona 1995), p. 288; para los textos ugaríticos véase G. del Olmo Lete, *Mitos, leyendas y rituales de los semitas occidentales*, (Madrid 1988).

convierte así Baal/Hadad en cabeza del panteón de la zona y en la instancia primera de su culto, como garante del orden cósmico y político, aunque sin derogar por eso el sistema clásico que le hace hijo de El/Dagán, el dios supremo, que delega en él el cuidado de la tierra. Se instaura así un sistema teologal dual: dios supremo//dios inmediato, dualidad que se refleja incluso en la concepción religiosa del cristianismo (Dios Padre//Dios Hijo encarnado). La instancia divina inmediata acapara la respuesta cultural.

No es de extrañar, pues, que los cananeo-hebreos adorasen a este dios, o mejor dicho, atribuyesen tal nombre y función a su dios nacional. Incluso instaurada la exclusividad de éste como consecuencia del avatar y experiencia histórica de Israel, el Yahweh-solo retendrá la caracterización de ‘dios de la tempestad’ como la suprema instancia de su manifestación. Yahweh *hablará desde la tempestad*, desde esta enviará sus palabras, no solo la lluvia; su palabra es la auténtica “voz de Yahweh”, frente al mero trueno, “la dulce voz de Baal” (KTU 1. 19 I 46). Pero el trueno continúa también saliendo de su garganta³.

Tres textos bíblicos recogen esta concepción religiosa de manera prototípica:

a) Ex 19:16-20: *Entrega de la Ley a Moisés entre truenos y rayos en el monte Sinaí*⁴:

“Al tercer día por la mañana hubo truenos y relámpagos y una nube espesa en el monte, mientras el toque de la trompeta crecía en intensidad, y el pueblo se echó a temblar en el campamento... El monte Sinaí era todo una humareda, porque el Señor bajó a él con fuego; se alzaba el humo como de un horno y toda la montaña temblaba. El toque de la trompeta iba creciendo en intensidad mientras Moisés hablaba y Dios le respondía con el trueno. El Señor bajó a la cumbre del monte Sinaí...”.

b) Sal 29: 3-10: *Himno a la gloria del dios tonante*:

La voz del Señor sobre las aguas, el Dios de la gloria ha tronado,
el Señor sobre las aguas torrenciales.

³ Véase a este propósito Sal 68:34: “Que cabalga por los cielos de los cielos antiquísimos, que hace tronar su voz potente”. David mismo celebra su salvación por Yahweh como una intervención de ‘dios de la tempestad’: “el Señor tronaba desde el cielo, el Soberano hacía oír su voz. Disparando sus saetas los dispersaba, su relámpago los enloquecía” (2 Sam 22:14-15)

⁴ En este texto se aprecia un doble plano: el del relato-rememoración (monte Sinaí en llamas y truenos) y el de actualización-representación (la trompeta ceremonial). En el culto hebreo el templo de Jerusalén, emplazado en el monte Sión, funcionará como el perenne Sinaí, como su teofanía incesante, en cuya más inaccesible intimidad se guardaba la palabra de Yahweh: las tablas del Sinaí. Este carácter de supuesto cúlctico, de escenario implícito, explicaría la casi total ausencia de referencias a esta tradición en toda la Biblia (incluidas las rememoraciones líricas del Éxodo); El Sinaí era dado por supuesto, estaba ahí, no hacía falta recordarlo.

La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica,
la voz del Señor troncha los cedros, troncha el Señor los cedros del Líbano;
hace brincar al Líbano como un novillo, el Sarión como una cría de búfalo.
La voz del Señor arranca llamas de fuego.
La voz del Señor sacude la estepa, sacude el Señor la estepa de Cadés;
La voz del Señor retuerce los robles, abre claros en las selvas.
En su templo un grito unánime. ¡Gloria!
El Señor se sienta sobre el diluvio, está sentado el Señor como rey eterno.⁵

c) Job 36:26-37:16; 38:1, 22-30; 40:6: *Descripción sobrecogedora del dios tonante:*

Mira, Dios es sublime, no lo entendemos y no podemos contar sus años.
Va apartando gotas de agua y las filtra de su fuente como lluvia;
las nubes las destilan y caen a chaparrones sobre el suelo.
Con ellas alimenta a los pueblos dándoles comida copiosa.
¿Quién calcula la extensión de las nubes o la altura de su pabellón?
En torno a sí despliega la luz y asienta su trono en las raíces del mar.
Esconde el rayo en sus palmas y lo lanza certero a su blanco.
El Altísimo hace oír su trueno y su ira provoca tormenta.
Al ver esto tiembla mi corazón y se me salta de su sitio.
¡Atención!, oíd el trueno de su voz y el retumbar que sale de su boca;
suelta bajo el cielo su rayo que alcanza hasta el extremo del orbe;
tras él ruga su voz, atruena con voz majestuosa
y ya no los detiene una vez que se escucha su voz.
Dios atruena con voz maravillosa y realiza proezas que no comprendemos.
Ordena a la nieve. ‘cae al suelo’, y al aguacero ‘apresúrate’

* * *

De las cámaras del sur viene la tormenta, de los vientos del norte la helada;
al soplo de Dios se forma el hielo, y se cuaja la superficie del agua.
El carga de humedad los nublados y dispersa las nubes de tormenta,
que giran y se revuelven, timoneadas por él,
para cumplir todos sus encargos sobre la superficie del orbe;
y hace que acierten, como azote –si no obedecen- o como favor.
Escúchame esto, Job, detente y fíjate en las maravillas de Dios:
¿Sabes cómo dirige Dios las nubes y hace fulgurar su nube de relámpagos?
¿Sabes cómo equilibra las nubes, maravillas de sabiduría consumada?

* * *

Entonces el Señor respondió a Job desde la tormenta:

⁵ Véase J.-L. Cunchillos, *Estudio del Salmo 29. Canto al Dios de la fertilidad-fecundidad...* (Valencia: Institución San Jerónimo, 1976).

* * *

El Señor replicó a Job desde la tormenta:

* * *

¿Has entrado en los depósitos de la nieve, has observado los graneros del granizo,
que reservo para la hora del peligro, para el día de la guerra y el combate?
¿Por dónde se reparte el bochorno y se difunde sobre la tierra el solano?
¿Quién ha abierto un canal al aguacero y una ruta al relámpago y al trueno?

* * *

¿Tiene padre la lluvia?, ¿quién engendra las gotas del rocío?,
¿de qué seno nacen los hielos?, ¿quién pare la escarcha del cielo
para que el agua se cubra con una losa aprisionando la superficie del lago?⁶

Esta imagen detallada y repetida (véase v.g. Sal 18:10-16 y lugares paralelos) insiste en presentar al Dios de Israel como ‘dios de la tempestad’ con unos rasgos similares a los que el mito cananeo utiliza para describir a su dios Baal/Hadad, con insistencia en sus atributos básicos: el trueno y el rayo, su voz y su arma, un dúo inseparable. El cuadro podría completarse con la referencia a la morada divina del dios cananeo, la montaña de *Ṣapānu/Ṣāfōn* que pasa a ser en la lírica sacra de Israel una denominación del monte del Templo de Yahweh en Jerusalén: el Monte Sión.

Esta tan llamativa apropiación, aunque gloriosa y así adecuada para dar una imagen potente del propio Dios, no dejaría de suscitar cierta incomodidad en los círculos yahwistas. En tal sentido debe interpretarse la teofanía que nos describe el profeta Elías y que rechaza una equiparación de la epifanía del ‘dios de la tempestad’ con la revelación de Yahweh y su palabra, que se dan en la calma que sucede a la tempestad:

“El Señor le dijo:

-Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor ¡El Señor va a pasar!

Vino un huracán tan violento, que descuajaba los montes y hacía trizas las peñas delante del Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento vino un terremoto (fragor); pero el Señor no estaba en el terremoto. Después del terremoto vino un fuego (fogonazo); pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego vino una brisa tenue; al sentirla, Elías se tapó el rostro con el manto, salió afuera y se puso en pie a la entrada de la cueva. Entonces oyó una voz que le decía:

-¿Qué haces aquí, Elías? Respondió:

⁶ La traducción de estos textos está tomada de *La Biblia del Peregrino*, tr. por L. Alonso Schökel (Bilbao 1995), a.l.

-Me consume el celo por el Señor...

El Señor le dijo:

-Desanda tu camino..." (1 Rey 19:11-15).

La variante es significativa: Yahweh no habla "desde la tormenta", como en el caso de Job, sino desde la calma. Su voz, su palabra no retumba como el trueno, sino despliega su fuerza en la gravedad de su propio mensaje que el profeta ha de llevar a cabo y que cambiará toda la historia: nuevos reyes y nuevo, incesante profeta. Yahweh no aparece así como el 'dios de la tempestad', sino como el 'Señor de la historia', cuya palabra tiene una resonancia y un poder, destructivo y constructivo a la vez, mucho mayor que el del trueno y del rayo que esgrime Baal.